

Llegados a este punto, el autor aplica los conceptos formulados en la primera parte del libro, para empezar a mostrarnos la feudalización como un sistema de organización política, que convive con otros sistemas de organización política que harán que la feudalización, así entendida, pierda a sus subditos. Éstos se desplazarán y preferirán relacionarse con esos otros poderes que van adquiriendo más importancia día a día.

Hay dos momentos concretos del libro que subrayo especialmente; el primero es cuando el autor define a los monarcas (según sus propias palabras): «como expresión más elevada de la autonomía jurídica de la comunidad política [...]», que empezaron descansando sobre la idea del carácter sagrado de la institución, [...]», los reyes medievales poseen dos cuerpos: uno, natural, idéntico al de los subditos, y otro político, indivisible, inmortal, infalible y con el atributo de la permanencia histórica [...], y el segundo, cuando expone su opinión respecto a que ciertos hechos pueden ser determinantes en la formación de un concepto tan importante como la patria, que une al hombre de forma espiritual con un territorio y que le vincula a él mediante lazos jurídicos e históricos.

Sigue caminando el autor por concilios, expuestos esquemáticamente y en este orden: antiguos, nacionales y sindicatos diocesanos, y sobre el valor jurídico de sus disposiciones. Acerca del Pontificado y sus funciones, destaca el autor, el *ius puniendi*, o derecho a castigar mediante

formas de coacción tales como la excomunión, el entredicho, la deposición o la suspensión. Apacigua el paso en su explicación para mostrarnos una gráfica sobre el Cisma de Occidente. Y continua de inmediato con una descripción de los Cardenales, la Curia, la Cancillería, la Cámara Apostólica, los Tribunales Centrales y el Palacio Pontificio.

Antes de llegar a la tercera parte del libro, encontramos un útil resumen sobre los tipos de iglesias (propias, rurales y parroquiales), y los monasterios.

El apéndice debe considerarse una parte más del libro. Éste está constituido por una selección de tres textos cortos acompañados de comentarios del propio autor que le sirven de ilustración a temas tratados en las otras dos partes. Aquí encontramos un fragmento de la carta dirigida en el año 1020 al duque Guillermo III de Aquitania por Fulberto, obispo de Chartres, y un fragmento de la obra del jurista inglés Henry de Bracton escrita entre 1250 y 1260, donde explica el estado del derecho inglés en su tiempo.

Con todo construye una interesante explicación sobre el tema. De modo que una vez concluida la lectura del libro, el lector tendrá los conocimientos básicos para realizar lecturas de otros libros, que analicen desde perspectivas más específicas, aspectos más concretos, y poder profundizar así sobre las instituciones en la edad media.

Raquel Galdón i Arrué
Licenciada en Derecho

DUBY, Georges

Dames du XIIe siècle. Vol. II. Le souvenir des aïeules.

París: Gallimard, 1995. 237 p.

«En este tiempo, los muertos están vivos, nadie lo duda». Con esta sencilla frase el malogrado Georges Duby inició el segundo (y quizás el mejor) de sus tres libros

dedicados a desvelar la condición de algunas mujeres del siglo XII. El historiador estructuró su libro en tres sólidas partes. La primera de ellas (páginas 8-63) tiene

por título *Servir les morts* ('Servir a los muertos') y se compone, a su vez, de cuatro contenidos.

Situar a los muertos dentro de la *casa* es el objetivo del primer capítulo: *Les morts dans la maison* ('Los muertos en la casa'). Cómo son recordados dentro de la casa —el más firme marco de todas las relaciones sociales—, los seres desaparecidos del linaje, cómo éstos tienden a perpetuar su existencia a través de los vivos y cómo los cimientos del núcleo familiar se fortalecen mediante el recuerdo de los ancestros, mediante la evocación, es lo que se explica en este capítulo. En este proceso de reinserción de los muertos en la casa, el linaje les ofrece un lugar: los vivos se reúnen para recordar sus acciones, sus gestas, para «revitalizar la savia del árbol del linaje».

El rol que ocupan las mujeres en esta secuencia del recuerdo se analiza en el segundo capítulo: *Les femmes et les morts* ('Las mujeres y los muertos'). Duby buscó aquí mostrarlas en primera persona, como protagonistas de este complejo proceso. Para ello recuerda, retrocede —él también— desde el siglo XII hasta la primera mitad del siglo XI. En este ejercicio desplaza su punto de observación geográfica habitual —el norte de Francia— hacia el sur, hasta más allá de la marca hispánica. La condesa de Barcelona Dhuoda es la primera mujer que realiza un bello ejercicio de memoria en su *Manual para su hijo*, conservado en una tardía versión del siglo XV. En él, auténtico manual de conducta, exhorta a su hijo a «rezar por todos los difuntos pero, sobre todo, por aquéllos de los que procedes, en especial, a los de tu padre, que te han dado sus bienes en legítima heredad». Para facilitar el trabajo de su hijo Dhuoda le ofrece los nombres de los antepasados. Los escribe al final del libro que entregó a su hijo. Esto es importante. Escribir es recordar, resucitar, aportar al presente imágenes del pasado. Quizás por esta razón Dhuoda pide a su hijo que

escriba, al final de sus días su nombre en esa lista que ella misma ha realizado: «Cuando, mis días hayan llegado a su fin, ordena escribir mi nombre junto a los de estos difuntos». Para Georges Duby este manual era la confirmación de algo que creía entrever: los cuerpos de los muertos, al igual que los de los recién nacidos, pertenecen a las mujeres. Son ellas las que, portadoras del misterio de la vida, acaparan las funciones maternal y funeraria en el siglo XII. Sin embargo, la tarea material de escribir sobre los muertos estaba destinada a los hombres, especialmente a los servidores de Dios.

Desde el siglo VII los muertos comenzaron a inhumarse en las cercanías del suelo sagrado. En este siguiente capítulo —*Écrire des morts* ('Escribir acerca de los muertos')— Duby se detuvo a analizar la obra de algunos de estos hombres de Iglesia, de estos escritores especializados en los recuerdos familiares. Dundon de Saint-Quentin, por ejemplo, es uno de los conocidos autores de escritos genealógicos, obras abundantes en la geografía francesa, pero, desgraciadamente, casi inexistentes en Cataluña, donde las genealogías nobiliarias de esta época deben ser reconstruidas artificialmente por los historiadores. Pero los textos son muy interesantes. En ellos se sumergió Georges Duby para buscar los contornos de algunas siluetas femeninas.

El intento, en sí mismo, es paradójico. «El linaje, en efecto, es un asunto que concierne a los hombres». El cuarto capítulo —*Mémoire des dames* ('Memoria de las damas')— está dedicado a esta tarea. Fouque Réichi, por ejemplo, dictó hacia 1096 su propia genealogía para probar que detentaba legitimamente el condado de Anjou. Aparece, por lo tanto, la función de la genealogía: el uso político, la reclamación de derechos sucesorios. Pero volvamos al texto. Sólo una mujer aparece mencionada en él: la madre del protagonista, del recitador de la autobiografía. La razón parece, a ojos de Duby, clara: de

la madre de Fouque procede su poder. Ella le ha dado la sangre de los merovingios, requisito imprescindible para alzarse sobre sus semejantes como legítimo conde de Anjou. La reflexión de Duby fue más allá: existe un ineludible lazo afectivo entre madre e hijo. Ello motiva la mención de aquella en los escritos. Pero también constata que, en la mayor parte de las parejas, el hombre era de una extracción social inferior a la mujer. Ello implica que se las venía como portadoras del elemento más importante de ascenso social: la sangre.

La segunda parte del libro (páginas 65-135) lleva por título *Épouses et concubines* ('Esposas y concubinas'), y está dividido, a su vez, en cinco capítulos.

El primero de ellos —*Généalogie d'un éloge* ('Genealogía de un elogio')— se inicia exponiendo cómo alrededor de la corte de Enrique Plantagenét se compusieron una buena cantidad de escritos. Duby intenta recomponer los más importantes. Desmenuza, por ejemplo, la obra de Benoit de Sainte-Mauve escrita hacia 1165 —el colosal *Roman de Troye*— para recomponer, una tras otra, todas las influencias directas recibidas (el *Roman de Brut*, la *Historia de los reyes de Bretaña*, la *Geste des Ducs normands*, el libro *Des manières de vivre et des actions des premiers Ducs de Normandie...*), ¿con qué objetivo? Seguir en la «larga duración» las deformaciones de que fue objeto, en el espíritu de los hombres, la imagen de las mujeres de los primeros duques de Normandía.

Se inicia esta tarea en el capítulo siguiente —*Le trouble qui vient des femmes*— con una frase poco esperanzadora: «... las mujeres ocupan un lugar no muy destacado en estas historias de guerreros...». Sin embargo es necesario matizar. Para Dudon, el autor del *Manières de vivre...*, en todo saqueo, por ejemplo, las mujeres nobles son la parte más preciada del botín. Los autores posteriores (Wace, Benoit) prefieren ofrecer otro rostro de las muje-

res: la seducción. Wace muestra la imagen que los hombres de su tiempo tienen de lo femenino: las mujeres son débiles y necesitan protección.

El capítulo tercero lo dedica Duby a las damas (lo tituló así mismo: *Les dames*) y en él muestra cómo «dama» y «matrimonio» son vocablos inseparables en el siglo XII. Recordemos que la dama es la mujer que ha desposado a un señor, una esposa legítima, santificada por el rito eclesiástico cristiano. Tomando nuevamente como fuente los textos citados, el historiador observó, sin sorpresa, que el matrimonio es el garante de la estabilidad política. Las mujeres se casan, no por amor, sino por el deseo de los distintos linajes de establecer alianzas políticas seguras. Además, ellas aseguran la supervivencia de la casa, del árbol familiar, pese a la poca simpatía que despiertan entre algunos hombres, más predispuestos a las caricias de los «jovencitos». Pero sabían estos hombres que con un simple gesto público se podían asegurar el enraizamiento de una nueva dinastía en un territorio recién conquistado. Estas uniones eran necesarias. En ningún momento, sin embargo, se pide su opinión a la mujer. Debemos esperar a la difusión del proyecto que supone la novela del siglo XII para que ellas se sientan con el valor suficiente como para tomar sus propias decisiones matrimoniales. De momento, se casarán sin ser consultadas y con la obligación de engendrar hijos varones que permitan asegurar la pervivencia del linaje a través de las generaciones.

El cuarto capítulo, *Les amies* ('Las amigas') o deberíamos traducir por *Las amantes?*), muestra que no siempre tuvieron éxito. En algunas ocasiones, siempre según las fuentes literarias, los primeros duques tuvieron descendencia directa, pero estos hijos les fueron dados por una compañera, por una amante. La situación de estas «otras mujeres», situadas al margen del matrimonio sagrificado, no impidió que los genealogistas las elogiaran, y

con justificadas razones: «¿Acaso no eran polígamlos los patriarcas del Antiguo Testamento? ¿Por qué no habrían de serlo los primeros duques normandos? Conservamos los nombres de estas mujeres que compartían un hombre, un señor: Poppa, «virgen, bella, procedente de una gloriosa sangre...» (de nuevo la virginitad, la importancia de la sangre...), pero también un elemento nuevo, sorprendente en estas cronologías: la belleza. Como en aquel bello esponsalicio catalán de 1111 en el que el marido confiesa actuar «propter pulchritudine tuae»), Sprotta, «doncella muy noble...», o Gonor, «una virgen de alta majestad». Ellas, pese a todo, exigían siempre una seguridad social, un prestigio mayor que el de ser la concubina del señor. Y no son pocas las ocasiones en las que lograban sacrificar su unión con un matrimonio cristiano, logrando así unos derechos «ganados en la cama».

Pero recurrir a amigas o a concubinas —la palabra aparece ahora— suponía para los hombres un riesgo. Sus hijos, bastardos, difícilmente conseguían acceder a la sucesión directa de su padre natural cuando éste moría sin descendencia legítima. Una simple inestabilidad política podía, en tales circunstancias, decidir el futuro de un linaje.

La última parte del libro se denomina *Le pouvoir des dames* ('El poder de las damas'). Se centra en la exploración de los señores de Guines gracias a una única fuente: la obra de Lambert d'Ardres, escrita en torno al 1196. «Desengaños» —expone Duby— en este texto las mujeres tienen un lugar muy limitado. «...los caballeros valerosos ocupan todo el espacio». Definamos la obra. Es una aventura literaria en busca de los orígenes de la casa de Arles y del comportamiento de distintas mujeres que en ella aparecen. El esquema es siempre muy simple: el linaje nace tras la conquista de un territorio inhóspito mediante las armas. El vencedor fue obsequiado con una viuda

ilustre, oriunda de las tierras conquistadas. Una generación después, Balduin I d'Ardres funda la primera abadía masculina en lo que ya son las tierras legítimas del linaje. Poco tiempo basta para que el primogénito logre un matrimonio ventajoso con la heredera de otro importante linaje: los condes de Guines. Esta unión permite a las generaciones posteriores una rápida entrada en la corte de los reyes de Francia, insertándose en los usos de la nueva sociedad caballerescas de finales del siglo XII.

El segundo capítulo de esta última parte se denomina *Le témoin* ('El testigo'). Duby nos descubre otro bello marco de la vida aristocrática en la Francia del siglo XII, en la cual los cabezas de linaje se apasionaban por la recitación y la lectura. Parecerá una broma pesada si pensamos en nuestro propio momento histórico. Pero no lo es. El gran maestro francés lo afirma con rotundidad: «Ellos amaban la lectura». Por esta razón se esforzaban en proteger a los grandes novelistas e historiadores del momento. Muchas de las grandes obras literarias de ese siglo se inician con un prólogo de agradecimiento a estos mecenas: María de Champagne, o incluso el propio rey de Aragón Alfonso, llamado *el trovador*. Gracias a estos profesionales de la recitación los nobles tenían un fácil acceso a la alta cultura, pese a que, en ocasiones, no fueran capaces de leer ellos mismos los textos. Pero los hacían recitar con entusiasmo, empapándose de sus enseñanzas, sus metáforas, sus maravillas... y gracias a la memoria, llegaban a convertirse en personas letradas.

La oralidad de la lectura, el gesto público que implicaba la lectura de una novela, determinó que fuesen escritas en lengua romance para hacerlas, además, más accesibles al auditorio. Lambert fue uno de estos profesionales que compuso una genealogía para reconciliarse con su señor. Es, por lo tanto, un testimonio excepcional.

Otros dos capítulos y un apéndice en el que el lector hallará varias genealogías realizadas por el propio Georges Duby concluyen esta obra fascinante, cautiva-

dora y repleta de erudición que hará las delicias de todo medievalista.

F.J. Rodríguez-Bernal

DUBY, Georges

Dames du XIIe siècle. vol. III. Ève et les prêtres

París: Gallimard, 1996. 220 p.

Presento aquí el tercer y último libro que Georges Duby dedicó a las mujeres del siglo XII. En esta ocasión, el genial medievalista volvió a presentarnos a algunas damas —recordemos, mujeres casadas— de esta época. Lo único que las diferencia de las ya estudiadas es, por así decirlo, la mirada, porque en esta ocasión las veremos a través de lo que de ellas decían los eclesiásticos. Los hombres de Iglesia hablan con frecuencia de ellas.

Duby estructuró su libro en cuatro grandes apartados. Cuatro reflexiones sobre el mundo femenino visto a través de los testimonios procedentes de los hombres de Iglesia. Cada uno de estos cuatro punto se focaliza, se concentra, expone un mensaje distinto. Pero la mirada es siempre la misma. Atentos, con la seguridad que les proporciona su sólida formación, estos hombres hablan de ellas, de sus pecados.

Les péchés des femmes (páginas 9-53) inicia esta obra. Étienne de Fougères entra en escena. El obispo de Rennes, el que fuera uno de los más fieles siervos de la casa de Enrique Plantagenêt en su juventud, al tomar posesión de su nueva catedra episcopal, escribe en francés el *Livre des manières*. Atendamos a esto, escribió en francés, la lengua de la corte.

En este poema encontramos por primera vez a las mujeres constituyendo un orden moral. Igual que el mundo —el masculino— se sustenta sobre una sociedad tripartita, las mujeres —entiéndase aquellas mujeres que pertenecen a la

nobleza— constituyen también un *ordo*. Este *ordo* femenino es en realidad una construcción retórica que Etienne usó para fustigar a las mujeres. Las damas son las que más pecan, las que están diariamente en contacto con el peligro. Para Duby es evidente: «ellas están más expuestas a pecar que los demás».

¿Cuáles son los pecados que Étienne encuentra en las damas? Básicamente tres.

a) Las mujeres, en su maldad, se niegan a aceptar el trabajo que Dios les ha otorgado y se obcecán en preparar y distribuir pócimas que provocan abortos, evitando así que se lleve a efecto aquél «crescite, multiplicamini et replete terram», que es tan frecuente en los esponsalicios catalanes del siglo XII.

b) Ellas, además, tienden a hostigar al hombre —su padre, su hermano, su esposo—, que es quien debe conducirlas rectamente. Son hostiles, péridas y vengativas con aquellos que sólo desean su bien. Con frecuencia su primera venganza es buscar un amante.

c) Es la lujuria, por lo tanto, la falta que les lleva a cometer su pecado más ignominioso: el adulterio.

Étienne no duda en utilizar fórmulas sarcásticas para exponer sus impresiones, aunque, como pueden imaginarse, sus escritos poseen, ya en su época, una larga tradición. Para explicar esto Duby retrocede hacia los maestros de este personaje, en busca de sus influencias más probables. Indaga en su lectura para encontrar sus modelos, los más próximos y los más lejanos. Entonces nos muestra